



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXI

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 12846

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 pts.—Tres meses, 6 id.—Extranjera.—Tres meses 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

Redacción y Administración: Mayor, 24

MARTES 9 DE SEPTIEMBRE DE 1902

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Cassini, 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.



LA UNION Y EL FENIX ESPAÑOL

COMPANIA DE SEGUROS REUNIDOS

AGENCIAS en TODAS las PROVINCIAS de ESPAÑA, FRANCIA y PORTUGAL

37 AÑOS DE EXISTENCIA

SEGUROS sobre LA VIDA.—SEGUROS contra INCENDIOS.

Sedición en Cartagena: VIUDA DE SORO Y COMPAÑIA, Cabales 15

¿QUÉ HACEMOS?

«Pon lo tuyo en consejo y unos te dirán que es blanco y otros te dirán que es negro.»

Eso dice el refrán castellano, y eso se nos ocurre á nosotros con respecto de las alianzas.

La política se desliza en medio de la más completa placidez y fuera del asunto del Vaticano y de los discursos que sobre la seguridad de Gibraltar pronunciaban en la Cámara de los Comunes de Inglaterra los diputados de dicha nación, apenas si se encontraba una nota saliente merecedora de emborronar unas cuartillas.

Cuando la gentilidad de un político inglés ponía sobre el tapete el segundo tema, jamás dejaba de encontrar eco en la prensa de aquí, que con loable unanimidad avisaba al gobierno de las intenciones, propósitos, tratos y contratos de Inglaterra, analizando todos los supuestos, pero sin decidirse por solución determinada.

—Es necesario prevenirse contra un golpe de mano—decían todos apuntando el peligro. Y se ha añadido en todos los tonos, que las amistades pueden crearnos enemigos y que nuestro aislamiento no sería respetado en el supuesto de

que estallara la tan temida conflagración.

Al aislamiento en que hemos vivido se achaca la pérdida de nuestro imperio colonial. Puesto que nos eran indiferentes las cuestiones entre los vecinos, no tenían éstos que molestarse con las nuestras. De ahí que llegado el momento nos abandonaran. En tal concepto se nos tachaba de egoístas, augurándonos que seguiríamos recibiendo el pago de nuestro proceder.

Solos ó aislados, si hemos de defender nuestro terruño necesitamos hacer gastos enormes; mas si el ministro de la Guerra pide materia de artillería para la defensa de las costas, se le discute y regatea, y cuando se trata de hacer barcos se encuentra fuerte oposición.

¿Qué hacemos, pues? ¿Echarnos en el surco y dejar que nos cojan entre dos fuegos? ¿Vivir de la misericordia ajena? ¿Dar nuestro suelo para que a costa de él se acallen las codicias? Eso sería locura, suicidio, cualquier cosa, todo censurable.

Seguramente nuestra situación no es airosa. Cualquier camino que emprendamos tiene sus peligros. Ninguno nos conducirá á nada bueno; pero entre los males los hay mayores y menores y á lograr el menor deben encaminar el rumbo

los que al presente tienen en sus manos la suerte de España.

Francia nos trató siempre mal, es cierto; pero Inglaterra jamás nos trató bien. Esa es la historia de las alianzas de los pueblos pequeños con los pueblos grandes. Si se triunfa, éstos se llevan la parte del león. Si la aventura resulta desgraciada, aquéllos actúan de paganos.

¿Pero pueden vivir confiados los pueblos pequeños, las naciones débiles?

El Transvaal y el Oranje nos ofrecen una prueba de ello. Además, se ha hablado demasiado de las naciones moribundas, aludiendo a España, y ésta necesita probar que esta viva y muy viva.

¿Lo va a probar ahora? Lo ignoramos, pero en el mundo internacional hay gran revuelo.

Inútil es que lo nieguen los ministros: cumplen con su deber. Mas digan lo que quieran, la llegada de los embajadores de España en París y Londres en el momento en que se encuentra en la capital el ministro de Estado, y la serie de conferencias celebradas con los jefes de los partidos que periódicamente forman situación, está diciendo á voces que esas idas y venidas y esos cabildos no son hijos de la casualidad.

¿Es malo lo que se elabora?

Lo ignoramos.

Pero hemos notado que la Bolsa ha subido.

Y en todos los asuntos en que se corre riesgo, el voto de la Bolsa tiene mucha importancia.

¡Costas, las de Levante!...

¡Salve, costa de Levante; playa de la patria mía!

¡Cuánto suspiro anhelante viéndolo de ti distante mi triste pecho te envía!

¡Con qué profundo pesar al recordarte mi monte, creyendo incesantemente tus céfiros aspirar, veo en sueños, desfilan,

Ante mis ojos, nublados por el llanto de la ausencia, entre ambientes perzados, tus paisajes encantados donde brotó mi existencia;

Tus campos de esencia grata y tus mares siempre azules, donde con sombras de plata el firmamento retrata tus claros y limpios tules;

De tu tierra los ardores; de tu cielo la alegría; de tu sol los resplandores; los matices de tus flores; de tus noches la poesía!...

Y en mi nostalgia constante, y en mi entusiasmo creciente, siento que, en vuelo gigante, mi alma va rápidamente á las costas de Levante.

Y perdida la estación de las rimeñas reflores, al volar, al alzar una busca con tenaz porfía, presa de vaga emoción,

Algo que llora perdida, algo que falta á sus galas, algo de su ser caído... el plumaje de sus alas rudamente desprendido;

Busca ansiosa un bien amado que al marcharse de mi lado dejó en mi pecho un vacío y un corazón angustiado: ¡Te busco á tí, padre mío!

Así pues, cuando camines por esa tierra bordada de claveles y jazmines ó pasees tu mirada del mar hasta los confines,

Si en los rumores que exhala entre las flores el viento percibes dulce lamento, sintiendo al par que resbala por tu frente tibio aliento,

Tu paso se detendrá, y el corazón te dirá, interrumpiendo tu calma, que, siempre amante, mi alma, buscando tus huellas va.

Y entonces, plácidamente, tú y mi espíritu invisible con acento indefinible, platicaréis tiernamente y él te dirá lo imposible

Que es á mi ardiente desvelo no andar yo sobre ese suelo que con tus pies hollarás; no vivir bajo ese cielo que acuso mirando estás...

¡Costas, costas de Levante! playas de la patria mía. cielo limpio y rutilante!... Mi fé sencilla y constante hoy en vosotros confía.

Dad á mi padre calor, dadle la calma perdida, dad á su sangre color, dad á sus pulmones vida, dad á sus miembros vigor.

Y yo que siempre os amé, que con entusiasmo ciego desde niño os admiré, ¡Cuánto, si atendáis mi ruego, gozoso os bendeciré!

Carlos Palacios.

Madrid, Septiembre 1902.

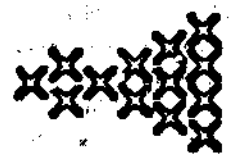
10 de Septiembre de 1893

Nueve años cumplense mañana, que fué consagrada y abierta al culto la nueva Iglesia donde se venera nuestra Sta. Patrona la Virgen de la Caridad.

Al conmemorar esta gloriosa fecha tan grata para los cartageneros, dedicamos una oración y una lágrima, á la memoria del hombre ilustre que venciendo cuantas dificultades se le ofrecieron, dió fin á esa obra grandiosa.

El recuerdo de Don Tomás Tallero, vivirá en la memoria de los hijos de este pueblo, mientras exista esa Iglesia y nuestro Sto. Hospital de Caridad.

Para conmemorar dicho aniversario, se celebrará mañana á las diez una solemne misa cantada, con exposición de Jesús Sacramentado, y misas desde el alba á las doce.



Probad los Cognacs de HENRI GARNIER y C.



125

EL MATRIMONIO ORLOF

—¡No me aturdáis!—gritó Griohka.—Bueno, mal-dita hembra, ¡me voy! Pero necesario es creer que nos veremos en otra ocasión, Y si nos volveremos á ver, te ocurrirá una desgracia... ¡No lo pongas en duda!

Y Orlof se encaminó hacia la puerta.

—¡Adiós... trágico!—dijo burlescamente el doctor.

Grigory se detuvo, clavó en el doctor sus ojos brillantes y angustiados y declaró en voz contenida y baja:

—Obraréis bien dejándome... ¡No toquéis de nuevo el resortel!...

Bajó sin tocar á nadie... La cosa concluyó bastante bien.

Azó del suelo su gorro, se lo puso, movió sus hombros cual si se estrampeciera, y se marchó sin mirar á su mujer.

El doctor miraba curiosamente á Matrena. Esta le hallaba ante él, pálida, con el rostro como insensible.

El médico inclinó por medio de un movimiento de cabeza el sitio por donde Orlof había partido, y le preguntó:

—¿Qué te tierce?

—No sé...

—¡Hum!... ¿Y ahora, dónde va?

—¡A emborracharse!—dijo firmemente Orlova.

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA -124

—¿Lo sabéis vos, por vuestra parte? ¿Qué es lo que hacéis vosotros? ¡La desinfección!... ¡Ja, ja! Caidáis é los enfermos... y en la estrechez de la vida mueren los sanos... ¡Matrena, te romperé la cabeza! ¡Ven!...

—No iré contigo.

Estaba pálida y su inmovilidad no era natural, pero sus ojos miraban al marido fija y firmemente. No obstante sus heroicas bravatas, Griohka se volvió hacia ella, inclinó la cabeza y se calló.

—¡Tfu!—escupió el doctor.—¡Ni el diablo comprendería nada de esto! Tú... ¡Vete! Vete, y da gracias á Dios, por haberte librado de la esposa... Debi hacer-te pasar por el correccional!... ¡idiota! ¡Vete!

Grigory miró al doctor, y sin decir una palabra, volvió á inclinar la cabeza. Mejor se habría sentido si le hubiera pegado ó metido tuego. Pero el doctor, que era un buen hombre, veía que el zapatero era casi irresponsable.

—Por última vez te lo digo! ¿Vienes?—preguntó Griohka á su esposa. Su acento sombrío.

—¡No, no iré!—respondió ella.

Y se inclinó, cual si esperase un golpe.

Griohka movió la mano.

—Y bien... ¡que el diablo se os lleve á todos, por muchos que seáis!... ¡Y á mí, si necesito de vosotros!—Veamos, imbécil!—empezó el doctor, quien se proponía hacerle entrar en razón.



XIII

UNA audacia salvaje, un deseo apasionado de destruirlo todo, de escapar de aquella inquietud que pesaba sobre su alma, invadió á Griohka con su ola oscura. Le pareció que al momento iba á hacer algo extraordinario y á libertar á su alma de los lazos que la retorcián. Se estremeció, sintió un pequeño frío agradable, se revolvió, en una especie de ligero movimiento de gato, hacia el doctor, y dijo: